

halló en el camino emisarios, que llevaban noticias alarmantes á Hernan Cortés.

Pero ántes de dar cuenta de ellas, conviene que nuestros lectores oigan la conferencia que celebraron Hernan Cortés y Pánfilo de Narvaez.

Este, algo restablecido de su herida que no era de peligro, suplicó á Hernan Cortés que fuera á verle, porque necesitaba hablarle.

Aunque por su comportamiento se habia hecho indigno de todo género de consideraciones, al fin era vencido, y su vencedor era generoso.

Hernan Cortés acudió al llamamiento de su adversario.

CAPITULO LXXXIV.

Un recuerdo y una promesa.



UANDO el hombre ve á la muerte de cerca, se opera un cambio radical en sus ideas, sobre todo si se ha dejado guiar por los malos instintos.

Esto sucedió á Pánfilo de Narvaez.

Dominado, no solo por la ambicion de gloria, sino por el deseo de alcanzar una felicidad, que por lo mismo que estaba léjos de él, le parecia sublime y encantadora, se dejó arrastrar, como han visto nuestros lectores, hasta el punto de tender un infame lazo à su enemigo y de querer alcanzar con sus villanías lo que empezaba á desconfiar que pudiera otorgarle la fuerza.

El hombre que se deja mover por las malas pasiones, lleva la peor parte en todas las luchas que acomete.

La fiebre que le devora, la ceguedad en que vive, le hacen dejar siempre un flanco vulnerable á su adversario.

Pánfilo de Narvaez, que era un bizarro capitán, que se habia distinguido en las guerras, que tenia valor suficiente para luchar con Hernan Cortés, al llegar el momento decisivo desperdició sus fuerzas, y facilitó el triunfo de una manera tan poco costosa á los soldados de Hernan Cortés.

Tarde conoció los errores que habia cometido.

Le hemos visto salir precipitadamente del torreon en donde se guarecia, y acometer cuerpo á cuerpo à su adversario como un simple soldado.

Al recibir la herida hubo un momento en el que quiso desgarrársela para espirar más pronto.

Pero entónces su conciencia le habló.

—Tú habias traído aquí, le dijo, una mision noble y generosa. La Providencia te habia favorecido, porque siempre favorece á los buenos.

Pero has olvidado esa noble mision, has delinquido, te has rebajado hasta el punto de que te se pueda comparar con un miserable asesino, con un traidor, y es necesario que atenúes esa falta volviendo los ojos atrás, y cumplas al ménos el generoso desec que te inspiran tus buenos sentimientos.

La herida fué grave, la fiebre le duró muchos días, y al fin perdió el ojo.

Pero apenas se restableció un instante, suplicó á Hernan Cortés que fuera á verle.

Cuando entró en el aposento que ocupaba, no era ya el mismo que cuando vió por primera vez á su vencedor.

A la arrogancia sucedia la humildad.

—Os he llamado, le dijo, porque reconozco en vos bastante generosidad para perdonar á un vencido, por culpable que sea.

—Habeis hecho bien, contestó Hernan Cortés. Desde el momento en que caisteis, si os consideré como prisionero, porque era necesario que no malograsedis mi triunfo, dí orden para que os trataran con las mayores consideraciones, y así creo que lo han hecho.

—En efecto: me han tratado muy bien, y eso más tengo que agradeceros.

Por mi parte, declaro que retiro las arrogantes palabras que proferí al veros por la primera vez.

No quiero ya luchar con vos.

Dios sabe si podria, porque la herida que he recibido es todavía una amenaza de muerte.

Pero aun cuando lograra restablecerme por completo, aun cuando fuera posible que reuniese las fuerzas que me habeis arrebatado, os juro que no lucharía contra vos, porque en la

victoria que habeis alcanzado contra mí he visto á la Providencia de vuestra parte, y la Providencia no se equivoca nunca.

—Me extraña vuestro lenguaje, exclamó Hernan Cortés; ¿Qué ha pasado por vos, para que odiándome tanto como me odiabais, hayais cambiado de opinion?

—Tenia motivos para ello, y precisamente con el objeto de revelároslos os he suplicado que vinierais.

—¿Vos me conociais?

—Os conocia de nombre ántes de la ocasion que despertó en mi alma el deseo de defender á un sér inocente, á quien habeis hecho desgraciado.

—Explicaos, dijo Hernan Cortés, estremeciéndose á pesar suyo.

—No sé la suerte que me estará reservada. Ignoro lo que habeis resuelto acerca de mi persona.

La muerte no me asusta; me he acostumbrado á la idea de morir, y creedlo, seria para mí un tormento volver á la madre patria, derrotado y herido en el cuerpo y en el alma.

Por eso voy á hablaros con franqueza, hasta con osadía.

Olvidad por un momento que soy vuestro adversario vencido; no ved en mí, despues de perdonarme un momento de obcecacion, de olvido, más que al juez severo que viene á recordaros vuestro deber.

—Explicaos, repito, añadió Hernan Cortés.

—¿No os dice nada vuestra conciencia?

—Mi conciencia está tranquila.

—Y sin embargo, léjos de aquí, muy léjos, yacen dos séres en la orfandad y poco ménos que en la miseria.

—¡Mi esposa! ¡Mi hijo! gritó Hernan Cortés.

—Vos lo habeis dicho.

—¿Conoceis á Catalina?

—La conozco, y su desgracia, que me ha inspirado lástima,

es la que me ha movido á abandonar á España, venir á las Indias y ocupar el puesto que he ocupado.

—¿Y qué motivos habeis tenido para meteros á desfacedor de agravios?

—Os lo he dicho ya, repuso Pánfilo de Narvaez, la desventura de esa madre y de ese niño, que viven solos, casi de limosna, al lado de vuestros pobres padres, me han movido.

Vine con el deseo de vencerlos para poder perdonaros y pedirlos en cambio del favor que os dispensase un recuerdo siquiera para esos infelices.

La suerte no ha realizado mis planes; pero al ménos yo cumplo con el deber que contrajo mi conciencia, recordándoos que esos dos séres reclaman vuestro amor y vuestra proteccion.

—Me habeis juzgado mal, exclamó Hernan Cortés, si habeis creido por un momento que yo pudiera olvidar mis deberes.

No; motivos poderosos me obligaron á separarme de la que fué mi compañera, de mi hijo.

Dios lee en mi corazon, y sabe que ni en los peligros del combate, ni en los goces de la victoria, he dejado de pensar en ellos.

No sé cuál es la suerte que me está reservada: pero si ambiciono gloria y fortuna, es con el solo deseo de hacerlos felices.

Despues de una breve pausa, en la que un observador hubiera leido en sus ojos la lucha que producian en su alma los remordimientos:

—Pánfilo de Narvaez, añadió, ya no sois mi prisionero.

Os perdono, y os llamo mi amigo.

En cambio de la libertad que os doy, voy á exigirlos un servicio.

Voy á poner á vuestra disposicion un bergantin para que partais, no á Santiago de Cuba, sino á España.

Llevad con vos todos los prisioneros, todos los que no han querido rendirse, yo los perdono.

Pero á vos os suplico que busqueis á mis padres, ya que los conoceis; que busqueis á mi esposa y mi hijo.

Voy á daros unas cuantas barras de oro y algunas alhajas, que vendereis, y su producto le entregareis á mi esposa, asegurándole que si Dios no dispone de mi vida, volveré pronto con un nombre glorioso á labrar su felicidad.

Pánfilo de Narvaez aceptó el encargo, y juró cumplirle.

Inmediatamente mandó Hernan Cortés al jefe de la guarnicion que habia en Veracruz que diese las órdenes oportunas para que se pusiera en disposicion de partir uno de los bergantines, y llevasen á bordo á los prisioneros.

—Fio en vuestra palabra, dijo Hernan Cortés á Pánfilo de Narvaez, estrechando su mano.

Pánfilo de Narvaez juró de nuevo por su honor que cumpliria el encargo.

Volvió Hernan Cortés á Zempoala; envió las barras de oro y las joyas, y aguardó con ansia noticias de México para ponerse en camino.

Necesitaba volver de nuevo á la agitada vida de las combates para sofocar las penas que habia despertado en su corazon el recuerdo que habia evocado Pánfilo de Narvaez.

La llegada de Ibbialbi le sorprendió.

—¿Qué significa tu regreso tan pronto? le dijo.

—Os traigo tristes nuevas.

—¿Qué sucede?

—He hallado en el camino mensajeros de Marina con noticias funestas.

—Habla.

—Se han roto las hostilidades entre los mexicanos y los españoles.

Estos se hallan en grande riesgo, y piden á toda costa vuestro auxilio.

Inmediatamente dió orden Hernan Cortés á sus soldados de ponerse en marcha.

Ejecutóse dos horas despues, y forzando las marchas, llegaron en el momento en que más necesaria era su presencia.

Antes de referir lo que pasó, ántes de asistir á las grandes y continuadas batallas en que se vieron empeñados los españoles, conviene á mi propósito dar á conocer una resolucion que tomó Hernan Cortés.

Agradecido á Ilbialbi por su comportamiento leal:

—Te debo tanto, le dijo Hernan Cortés en un momento de expansion, que no sé cómo podria pagarte.

—Señor, dijo Ilbialbi, en vuestras manos teneis mi felicidad.

—Si eso es cierto, yo te ofrezco otorgártela, dijo Cortés.

—Pues bien, entónces me atrevo á pedir os una gracia.

—Habla, la tienes concedida.

—Amo á Marina, dijo Ilbialbi. Influid con ella para que corresponda á mi amor.

Hernan Cortés vaciló un instante.

Las palabras de Pánfilo de Narvaez resonaron en su alma.

—Sí, dijo de pronto. Yo te lo ofrezco.

¿Podria cumplirlo?

¿Renunciaria Marina á la esperanza que el amor de Hernan Cortés habia despertado en su corazon?

La heriria el desengaño de tal modo que despues de haber sido instrumento de la Providencia para con los españoles se convirtiese en instrumento de la venganza de los mexicanos?

Esto es lo que veremos en los libros siguientes.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

APÉNDICE.

Para no interrumpir la narracion, hemos omitido algunas particularidades que merecen tenerse en cuenta, porque dan una idea del estado de civilizacion en que se hallaba México ántes de que lo conquistasen los españoles.

Vamos, pues, aquí, sin perjuicio de seguir intercalando en el texto las costumbres y datos más pintorescos, á dar una idea de la escritura, los números, la division de tiempo y el sistema planetario de los mexicanos.

No usaban letras, sino figuras semejantes á las de los jeroglíficos del antiguo Egipto.

Algunos mexicanos se entendian por medio de silbidos, adoptando generalmente este sistema los enamorados y los ladrones.

Contaban de la manera siguiente:

Ce, que significa.....	Uno.
Ome	Dos.
Ei	Tres.
Nauí	Cuatro.
Macuil	Cinco.
Chicoace	Seis.
Chicome.....	Siete.
Chicuei.....	Ocho.
Chiconauí.....	Nueve.
Matlac	Diez.
Matlactioce.....	Once.
Matlactliome	Doce.
Matlactliomei	Trece.